

LA TELEVISIÓN EN LA SOBREMODERNIDAD Y SUS EFECTOS SOBRE LA “NIÑEZ”

César Bonanotte
Universidad Nacional de Lomas de Zamora

RESUMEN

Este trabajo tiene varios objetivos. El primero, proponer algunas ideas que a nuestro juicio permiten comprender mejor la contemporaneidad, entendiéndola configurada por nuevos elementos que la distinguen de la modernidad. Con esto estamos señalando que ciertas ideas de la modernidad estarían mostrando su agotamiento. Ahora bien, comprendemos que esto implica un doble proceso. Por un lado una cierta destitución, que puede ser parcial, de ideas forjadas bajo la modernidad. Y por otro, una nueva forma de instituir, que hace de la idea moderna una pieza antigua.

Desarrollaremos nuestro argumento teórico y lo aplicaremos embrionariamente al caso de “la niñez”, intentando elaborar algunas ideas que explican porque dicho concepto moderno está en mutación. La vieja idea de *niño* estaría frente a un agotamiento, y otra nueva estaría emergiendo.

Este trabajo surgió de una investigación que estamos llevando adelante sobre la niñez. Pero transitándola, reflexionando sobre apariciones impensadas de antemano, nos dimos cuenta que sus alcances van más allá de ella. La argumentación busca elaborar nuevos anudamientos conceptuales que den cuenta de los procesos que transitan las sociedades actuales, como el poder pone a jugar los dispositivos que elabora en la contemporaneidad, y como estos se ligan a la producción de subjetividad. Se inscribe, por lo tanto, en una perspectiva de comprensión también política.

Palabras clave: televisión, contemporaneidad, niñez, subjetividad

ABSTRACT

TELEVISION IN THE POSMODERNITY AND ITS EFFECTS ON THE "CHILDHOOD"

This work has several objectives. The first, to propose some ideas that we believe a better understanding of the contemporary, meaning shaped by new factors that distinguish it from modernism. With this we are saying that certain ideas of modernity showed depletion. However, we understand that this involves a twofold process. On the one hand a certain dismissal, which can be partially built on ideas of modernity. And secondly, to establish a new form, which makes the modern idea of an old piece.

We develop our theoretical argument and apply it to the case of embryonic "childhood", trying to develop some ideas behind this concept because it is changing. The old idea of a child would face exhaustion, and another is emerging.

This work arose from an investigation that we are developing on children. But passing, reflecting on appearances unimagined beforehand, we realized that its scope goes beyond it. The argument seeks to develop new conceptual knotting realize that the processes that move today's societies, as the power play to put the devices developed in the contemporary world, and how these are linked to the production of subjectivity. It forms, therefore, from a policy of understanding also.

Keywords: television, contemporary, childhood, subjectivity

Este trabajo tiene varios objetivos. El primero, proponer algunas ideas que a nuestro juicio permiten comprender mejor la contemporaneidad, entendiéndola configurada por nuevos elementos que la distinguen de la modernidad. Con esto estamos señalando que ciertas ideas de la modernidad estarían mostrando su agotamiento. Ahora bien, comprendemos que esto implica un doble proceso. Por un lado una cierta destitución, que puede ser parcial, de ideas forjadas bajo la modernidad. Y por otro, una nueva forma de instituir, que hace de la idea moderna una pieza antigua.

Desarrollaremos nuestro argumento teórico y lo aplicaremos embrionariamente al caso de “la niñez”, intentando elaborar algunas ideas que explican porque dicho concepto moderno está en mutación. La vieja idea de *niño* estaría frente a un agotamiento, y otra nueva estaría emergiendo.

Este trabajo surgió de una investigación que estamos llevando adelante sobre la niñez. Pero transitándola, reflexionando sobre apariciones impensadas de antemano, nos dimos cuenta que sus alcances van más allá de ella. La argumentación busca elaborar nuevos anudamientos conceptuales que den cuenta de los procesos que transitan las sociedades actuales, como el poder pone a jugar los dispositivos que elabora en la contemporaneidad, y como estos se ligan a la producción de subjetividad. Se inscribe, por lo tanto, en una perspectiva de comprensión netamente política.

Modernidad y Sobremodernidad

La niñez, en el modo como todavía la conocemos, se instituyó como una idea de la modernidad. El movimiento se inició bajo la producción de *infancia*, y desde ella se fue extendiendo a las edades tempranas de la vida humana, llegando a contener infancia y adolescencia. Niñez, en el sentido moderno, y en tanto institución, incluye infancia y adolescencia. La modernidad abrió una situación novedosa, si bien siempre hubo niños, en el sentido de humanos pequeños concretos, *no siempre hubo niñez*. Si nos catapultamos directamente a la modernidad capitalista, diremos que la niñez fue dentro de ella entrelazada con las ideas de familia y escuela. La idea de familia fue direccionada por el modelo hoy clásico del tipo burgués y nuclear. La familia bajo el

capitalismo tuvo dos vías, burguesa y popular, que fueron distintas y apelaron a elementos distintos en su producción, pero el tipo burgués y nuclear puede entenderse como su modelo generalizado, que finalmente terminó siendo el tipo que impregnó la sociedad del siglo XX, cuando se generalizó el tipo de sociedad fordista. Allí se estableció como símbolo, al punto que popularmente se la denominó “familia tipo”. La sociedad fordista fue madurando entre las dos guerras mundiales del siglo pasado, y el momento de su generalización fue después de la segunda guerra mundial, justamente cuando comenzaron a germinar y crecer nuevos elementos que con el tiempo transformarían la sociedad, que devendría en posfordista, y que en términos más amplios preferimos denominar *sobremoderna*.

La modernidad, *instituyente* de la niñez moderna, estaría transitando por un agotamiento, arrastrando en este proceso sus instituciones. Otro tanto sucede con otras ideas modernas, las cuales no analizaremos en los alcances de este trabajo, pero que se destituyen progresivamente. De más está decir, pero tampoco hace mal recordarlo, que este proceso arrastra consigo una matriz organizativa social y política, un conjunto de instituciones que transitamos a lo largo de nuestras vidas, y los campos de subjetividad que nos permiten alojar nuestras prácticas cuando emergemos en tanto sujetos, en definitiva es una mutación que se da en las entrañas del poder. El traspaso de la posta de la modernidad a la sobremodernidad inició nuevos procesos *instituyentes* de subjetividad, pero por el momento se destaca su tránsito por una actualidad *destituyente* de las ideas modernas. Podemos hoy apreciar más certeramente lo destituyente de lo viejo que lo nuevo instituyéndose. Se ha abierto, en una situación dinámica que aún no ha decantado suficientemente, un proceso que tendría la forma destituir / instituir(otro), que sería algo así como sostener la cáscara de la idea, lo que la nombra, desligarla de aquello que la hacía ser lo que era, y ensayarle la introducción de nuevos contenidos subjetivantes.

De la sociedad disciplinaria a la sociedad de control

La sociedad moderna fue *disciplinaria*, tomando esta última idea bajo el sentido que le expresaba Foucault. En ella se enhebraba un camino, como cuentas sucesivas de un collar, que hacía al niño transitar familia y escuela, iniciando su adultez en la milicia, y

ocupando su ulterior posición en la fábrica. Un entramado de instituciones que sostenía la producción de subjetividad, forjada bajo la disciplina, y cuyo fin era *normalizar* al sujeto. El *anormal*, quien no incorporaba normas, distanciándose de una generalidad auspiciada como *normalidad*, también tenía sus instituciones disciplinarias, las cuales se ocuparían de su *torcedura*. En ellas se practicaban dos estrategias que radicaban en la separación temporal (resocialización) o total del anormal respecto del resto (separación radical), y se elaboraban bajo la forma del encierro. Manicomios y prisiones fueron los modelos acabados de este tipo institucional. Pero las disciplinas no se forjaron con el único fin de separar lo anormal, o en todo caso, este costado represivo, convivió con otra intención más positiva: producir subjetividad, orientar, direccionar a los hombres dentro de un tipo de poder encarnado en la sociedad. La materia prima que tomó este poder para engendrarse fue el cuerpo, al cual le impuso gestualidades, movimientos, incorporándole hábitos y ordenándolo bajo conjuntos regulares. Aquí es dónde se configura el máximo objetivo de las sociedades disciplinarias: transformar la multiplicidad de lo social, que es su genética misma, en algo ordenado, bajo conjuntos regulares y regulados, sean clases sociales, grupos etarios, sexos, etc. En esa sociedad capitalista inicial, la multiplicidad se asociaba a la turbulencia, la agitación, lo potencialmente peligroso, en ese contexto esa estrategia disciplinaria de separación de lo anormal y agregación por conjuntos cumplía con una necesidad del poder. La *separación* adquirió un estatuto verdaderamente organizativo de lo social. Separar era tanto segregar, agrupar, discriminar, o directamente encerrar. Funcionaba una estrategia de la agregación por conjuntos, pocos y separados, que permitió delimitar niñez de adultez. Ser niño pasó a ser, también, estar separado del mundo adulto, preparándose para llegar a este. Pero este concepto de separación también funcionó para que al niño anormal, quien no encuadraba dentro de los límites regulares de la sociedad, se lo depositara en las instituciones de contención excluyentes. En este contexto pudo existir el manicomio para los locos, la prisión para los delincuentes y el *complejo tutelar* para los niños “desintegrados”. Separar, básicamente, significó construir dos territorios, bueno/malo, normal/anormal, niño/adulto, etc., dualizar, y dentro del lado “bueno” de la frontera, generar mecanismos de producción de subjetividad que hagan, de los cuerpos, instrumentos socialmente útiles. Un poder disciplinario positivo, generador de regularidades faltantes dentro de la multiplicidad, un poder interviniendo sobre la multiplicidad, ya sea reprimiéndola donde ejercía resistencias, o produciendo anclajes

institucionales para materializar subjetividades desde las cuales pudieran alojarse las prácticas de los sujetos *normalizados*, encarnando en hábitos y conductas aquello que los moviera a efectuar prácticas útiles. El criterio de reducción de la multiplicidad fue llevado también a las prácticas instituyentes de familia. Bajo este criterio, podemos concebir la producción del tipo burgués y nuclear de familia como una tendencia a disminuir las multiplicidades que el antiguo régimen permitía como expresión de las culturas familiares, especialmente en los sectores populares, lo cual dificultaba el afincamiento masivo del nuevo ordenamiento social, moderno y capitalista. Desde el siglo XVIII se operó sobre dos vías de producción de familia, una de tipo burgués y otra popular, desembocando en el siglo XX, bajo el fordismo, en un modelo generalizado bajo el formato burgués y nuclear, asentado en los sectores medios urbanos.

Las instituciones y mecanismos de la sociedad disciplinaria aún nos acompañan, muchas veces como cáscaras vacías de un pasado con escasa capacidad de instituir subjetividad al modo disciplinario. La crisis de la escuela, la de la familia, la del encarcelamiento como modelo de castigo, y todas las otras crisis que podríamos nombrar, son la expresión de una ancianidad, del “dolor de ya no ser”. Las instituciones disciplinarias están demandadas por una reforma permanente, casi psicótica, bastan los ejemplos de escuela y justicia. La familia, desde el costado normativo y moral, también está siempre en posición de penitencia, por los ideales que ya no cumple. Y es que desde hace alrededor de medio siglo venimos transitando hacia las *sociedades de control*, lo cual significa que un nuevo signo organizador del poder va ocupando el espacio que tenía el modelo disciplinario. Quien ha explicitado algunas características de este pasaje de la disciplina al control fue Deleuze, en su “*Post-scriptum sobre las sociedades de control*”.¹ Frente a la sociedad disciplinaria, la de control, opera sobre la multiplicidad de un modo distinto, sin pretender dualidades, y agregando diferencias de un modo totalmente nuevo, aceptando que persistan como diferencia. Se trata de un nuevo modo de ligar los poderes a la multiplicidad. La disciplina reducía lo múltiple ejerciendo poder sobre los cuerpos intentando impedir que las prácticas del hombre se deslizaran hacia una posibilidad imprevisible. Pero desde hace unos cincuenta años comenzaron a expresarse otros modos organizativos de lo social, que tuvieron en cuenta

¹ Deleuze, Gilles, *Conversaciones*, Valencia, ed. Pre-Textos, 1999, v. “Post-scriptum sobre las sociedades de control”.

un retorno de la multiplicidad, concebido como proliferación de las diferencias. Esta nueva irrupción de la multiplicidad en la historia, tornaba ineficaces los procedimientos disciplinarios. Esto todavía lo apreciamos en esas demandas públicas por posiciones absolutamente represivas, que intentan un “ritorno” del modelo disciplinario de la modernidad, frente a lo cambiante y en constante mutación de la multiplicidad sobremoderna. El neoliberalismo respondió políticamente a esa nueva sociedad, anclando el relato histórico liberal en nuevos formatos institucionales que no contradecían la multiplicidad, y eso fue clave en la aceptación popular de las posiciones neoliberales. Instituir tipos sociales neoliberales tuvo resultados por la existencia de un tipo de poder que había preparado, en el campo de la subjetividad, un terreno aceptable. El mundo posfordista, capitalismo sobremoderno, tolera la multiplicación de las diferencias, las fragmentaciones crecientes, no le teme, al contrario, las estimula. El agrupamiento disciplinario, tendiente a la dualidad, ya no entonces la estrategia por excelencia para regular. La sociedad de control tiende a nuevos formatos de integración de la multiplicidad.

La idea de *modulación* deleuziana traduce la flexibilidad que impera en la sociedad de control. Los mecanismos que modulan se constituyen sin rigideces, privilegiando la capacidad de adaptarse a las múltiples situaciones sobre las cuales deben actuar. Ello permite que, en vez de agregar individuos a conjuntos fijos, o reducir la multiplicidad a dualismos estamentados, puedan homogeneizar, por x función, singularidades que persisten como tales sin anularse en sus diferencias. Esto conserva la multiplicidad, evitando el tipo de resistencias que generan las instituciones disciplinarias, y es a nuestro juicio fundamental para comprender el funcionamiento de la contemporaneidad.

Nuestra interpretación asume que la subjetividad es el resultado del poder, y que cualquier cristalización, sea institucional o no, es una efectuación del poder. Sociológicamente hablando, el poder se expresa como relaciones de poder, desplegándose como relaciones de fuerza, lo cual alude a la existencia de diferencias entre las fuerzas. Pero a diferencia de los comportamientos dualistas, las fuerzas derramadas en la multiplicidad encuentran mayores dificultades para constituir un sujeto de la política robusto, persistente en el tiempo, con capacidades de agregación crecientes. El “pueblo”, la “clase”, los “trabajadores”, o cualquier otro de corte

moderno, están en aprietos a la hora de provocar contenidos políticos emancipadores, o incluso reformistas. Esto sucede porque el capitalismo sobremoderno se ha deslizado hacia otro tipo de homogeneizaciones de las diferencias, otro principio integrador. La construcción de *públicos* ha desplazado otro tipo de formas de agregación. Un público se organiza y desorganiza fácilmente, con bajas resistencias en las dos dimensiones. Además no precisan reproducirse, o cuando sí, sus costos de reproducción son inferiores a los que tenía, por ejemplo, una sociedad organizada bajo clases, que demandaba un aparato estatal de bienestar mucho más costoso. Los públicos, generalmente, aparecen y desaparecen, reaparecen o no, las más de las veces no, y son reemplazados por otros públicos. Son flexibles, cambiantes, se agregan a distancia, desanudan la rigidez propia de otros agrupamientos, y son oportunistas, por ende impregnados de pragmatismo. Adicionalmente, en tanto organizar públicos es un procedimiento que apunta directamente a la subjetivación, un individuo puede pertenecer, de hecho sucede, a diversos públicos simultáneamente. Los mecanismos de modulación operan sobre la producción de públicos y, como se habrá advertido ya, la organización social y política bajo este modelo no contradice la multiplicidad, al contrario, *la precisa*, y por ello *la estimula*. Las tecnologías, dispositivos e instituciones propicias para ejercitar la modulación, son las basadas en los medios electrónicos de comunicación, especialmente su formato televisivo. Las sociedades posfordistas entran a tallar en el tipo de sociedades de control, sin extinguir las instituciones disciplinarias, que desenvuelven su crisis resistiendo y reformándose, intentando afirmar su utilidad pero demostrando su ineficacia para desarrollar los objetivos que les había trazado la modernidad.

Estas ideas explican mejor las situaciones y dificultades actuales. En lo que atañe a la niñez, ayer los niños eran definidos por padres, maestros, saberes universitarios, autoridades políticas, entidades estatales, jueces. Hoy a esto habría que agregar lo que los propios niños dicen ser, y naturalmente, y de modo preponderante, aquello que agrega la televisión. Esta ha impulsado el desdibujamiento de la diferenciación dual que existía entre niñez y adultez, provocando irrupción de la multiplicidad a ambos lados de la frontera y barriendo muchas de las exclusiones con que se condicionaban mutuamente ambas edades. Lo que hoy se desdibuja es la idea moderna de niñez basada en una edad protegida, excluida de cuestiones y dificultades asignadas con exclusividad al mundo adulto. Ser niño era quedar fuera, entre otros, de la edad para fumar, beber,

tener relaciones sexuales, trabajar. La niñez era la edad de la inocencia, docilidad, ternura, inmadurez. Hoy los niños fuman, beben, se inician precozmente en la sexualidad, incluso son padres o madres, trabajan, se muestran como seres violentos, asustan a sus profesores y maestros, se drogan, delinquen en varias de sus formas. El antiguo territorio de la santidad ha sido profanado por los demonios más temidos. Sin mencionar las peores formas de desvanecimiento de la niñez, hay un campo cada vez más recorrido televisivamente, en el cual los niños ocupan un territorio típico de los adultos en la modernidad: el niño como *consumidor*.

En la sociedad de control ya no se transita desde un dispositivo instituyente a otro, y el niño que pasaba de la familia a la escuela, de esta a la milicia, punto en el cual dejaba la niñez, y desembocaba en la fábrica, existe y no. Hay niños concretos que efectúan dicho recorrido, y otros que no, pero *niñez*, en ese sentido estricto, ya no existe. Hoy la circulación de los niños se da sin linealidad, por diversos campos de subjetividad, incluso simultáneos, como es el caso de los niños integrados a un público. En este comportamiento rizomático juegan fuertemente los medios televisivos. Los anclajes de subjetividad van y vienen en la vida de los sujetos contemporáneos, no contemplando ninguna progresividad. Se pasa desde unos a otros sin correlación de edades ni linealidades sucesivas. Por eso se dice que las edades se acortan o se alargan, depende como se las mire, habitando la paradoja de que hoy se dice que los infantes son muy maduros a temprana edad y los jóvenes muy adolescentes a otra muy tardía. O bien los “niños de hoy” son muy adultos, o bien los adultos de hoy muy infantiles. Si no entendemos esto adecuadamente, como un síntoma de la destitución de las ideas o tipos modernos, no comprenderemos la producción de subjetividades que instituyen los tipos sobremodernos. Esto lleva a las paradojas de aplicar a nuevos problemas viejas soluciones, que parten de interpretar nuevas cuestiones bajo viejas ideas. Todo un tema para pensar en las políticas estatales, pero cuya cuestión que cae fuera de los alcances de este trabajo.

La televisión como discurso

Discurso

Los medios televisivos son un dispositivo del tipo de sociedad de control, y para analizar algunos de sus efectos vamos a valernos de la idea de discurso, a la cual concebiremos como algo que va más allá de un acto de habla. Si apelamos a Foucault, quien en su obra puso énfasis en concebir un discurso como mucho más que una concatenación de palabras con sentido en el contexto de un lenguaje, podemos afirmar que una narrativa, un relato, un saber, una creencia, no es estrictamente un discurso. Lo que provocará que dichas prácticas productoras de sentido se armen como discurso es el hecho de encarnarse simultáneamente en una materialidad institucional, o en un dispositivo que soporte prácticas que alojan a los sujetos.

En el curso anual que dictó entre noviembre de 1973 y febrero de 1974 en el Collège de France, posteriormente publicado bajo el nombre de *El poder psiquiátrico*,² encontramos una idea de su concepción sobre el discurso. Allí trató sus investigaciones sobre la *institución psiquiátrica*, poniendo énfasis en la elaboración de la psiquiatría como forma del saber médico, incluyendo en la producción de la *institución*, elementos que podríamos denominar extra médicos. Por ejemplo la arquitectura del asilo francés para dementes del siglo XVIII. Esta también es una pieza fundamental de la *institución psiquiátrica* en tanto discurso. El otro capítulo que promovió la formación de la *institución* fue la pericia médico legal psiquiátrica, practicada de modo cada vez más determinante en la justicia penal desde 1820. Foucault muestra, en esos análisis, a la psiquiatría organizándose como un cuerpo de poder que *produce verdad* a partir de las prácticas discursivas que instaura, viendo como ellas amalgaman actos de habla con materializaciones extra lingüísticas, que se condicionan mutuamente disparando nuevas producciones, inscriptas en cualquiera de los campos, lingüístico o extra lingüístico. La imagen del psiquiatra, su hablar científico, sus modos de tratamiento, sus políticas, medidas administrativas, disposiciones reglamentarias, e incluso la planta arquitectónica del asilo tradicional, el lugar de la pericia en la dilucidación de la imputabilidad que lleva a la imposición del castigo, son algunos elementos que fueron

² Foucault, Michel, *El poder psiquiátrico*, Argentina, ed. FCE, 2003.

entretejiendo las prácticas encaminadas a confirmar la locura. Todo este complejo conjunto es el *discurso psiquiátrico*.

El *discurso* es entonces algo más que una práctica comunicativa que pone en circulación recursos simbólicos, es algo más que un medio de intercambios. Y si así comprendemos la televisión, tendremos en ella algo más que un “medio de comunicación”. Es, como discurso, pretendidamente estructurante de la enunciación, ordenadora, una forma enunciativa, que produce subjetividad encapsulada en su propio hacer. Instituye tipos subjetivos flexibles, adscriptos a procesos de modulación independientes de tiempo y espacio, y se vale de destituciones de ideas o tipos cristalizados, osificados a lo largo del tiempo y las costumbres. Las prácticas basados en lo instituido, que soportan lo real, son entonces intervenidas por la televisión que las reproduce (que no es lo mismo que reproducirlas, sino volver a producirlas como otro). Es un discurso que produce su objeto, ya no desde un saber y una materialidad, sino desde una modulación de los saberes existentes, que se subordinan a la forma enunciativa televisiva que constituye el discurso televisivo. Esto nos habla de un poder organizador de los saberes y sus enunciaciones particulares. El discurso televisivo se construye entonces como un dispositivo organizador de un campo de dominio. ¿A qué producción concreta se orienta? A producir *subjetividad*, direcciones que ofrecen a diversas tecnologías del poder oportunidades de capturar las prácticas en las cuales los sujetos se alojan transitando instituciones, generando lazos sociales, intentando enlazar ese lugar ordenador de la palabra con los contenidos de hegemonía que se ejercitan en la sociedad.

La Televisión como discurso productor de hegemonía

Decíamos que una característica de las sociedades de control era actuar de un modo integrador nuevo sobre las multiplicidades, a través de modulaciones produciendo *públicos* en vez de disciplinar clases sociales.

Paolo Virno, en su libro *Gramática de la multitud*, cuenta acerca del uso que hacía Aristóteles de los conceptos *topoi koinoi* y *topoi idioi* en el arte de la retórica, el

primero significando “lugares comunes” y el segundo “lugares especiales”.³ Los *topoi koinoi* eran formas lógicas de valor general de un relato, aquello que estaba en el fundamento de su posibilidad misma. Son lo que permite a toda enunciación particular organizarse, elementos comunes y generales que ningún enunciador puede dejar de lado al expresarse lingüísticamente. Sabios e iletrados, burgueses y proletarios, niños y adultos, todos apelan a los “lugares comunes” para procrear un relato. Vienen a ser la médula de una producción lingüística, su estructura edilicia invisible que sustenta su organización. Frente a ellos estaban los *topoi idioi*, lo que se ve, aquello que se dice y se escucha, lo que el enunciador da a conocer a los otros, a lo cual llamaba “lugares especiales”, que son modos de decir y pensar, alocuciones, modismos, códigos de habla que son comunes dentro de grupos, instituciones, saberes, etc. Estos “lugares especiales” hacen apropiado el discurso entre pares, sean científicos de una disciplina o adolescentes identificados en una “tribu urbana”, etc. En la sociedad moderna, los hábitos y modos compartidos se articulaban por dichos “lugares especiales”, diversos entre todos ellos, que incluso muchas veces competían por el sentido de las cuestiones tratadas. Virno sostiene que en la actualidad están disolviéndose los “lugares especiales”, mientras que los “lugares comunes”, antes invisibles, se visibilizan cada vez más. De modo que habría una dilución de las formas particulares de relato, y ello explicaría la ausencia de argumentaciones y razonamientos “especiales” que sirvan de brújula para orientar el grueso social. Diríamos que, poniendo palabras en las de Virno, ninguno de los “especiales” hoy produce un lugar hegemónico. Todas las particularidades continúan existiendo, de ningún modo se disuelven como plantean algunos autores. Sindicatos y partidos políticos, para tomar ejemplos concretos, continúan teniendo existencia, y así muchos particulares, pero ninguno logra ser un horizonte acreditado que ofrenda su orientación, su sentido de las cuestiones, ninguno transforma su visión de las cosas en hábitos compartidos, porque *ninguno brinda confianza*. Hoy los particulares existirían de un modo distinto a como lo hacían. Hoy acontece que en todas las situaciones, y frente a las más diversas cuestiones, hablamos y reaccionamos con producciones lingüísticas que son fundantes al mismo tiempo que sumamente generales, que corresponden a los “lugares comunes” que organizan matricialmente todos los discursos. La cartografía de las posiciones expresadas

³ Virno, Paolo, *Gramática de la multitud*, Madrid, ed. Traficantes de Sueños, 2003, edición con Copyleft, v. cap. 1: Temores y reparos – Lugares comunes y *general intellect*.

retóricamente en la sociedad tiende a desdibujarse bajo un discurso con una organización común. Los “especiales” se han disuelto y ahora los discursos abrevan por doquier en los “comunes”. Ahora bien, expresemos nuestro distanciamiento del argumento de Paolo Virno llegados a este punto. El italiano argumenta que la actualidad le ofrece al hombre la posibilidad de entrar en una relación *directa* con su núcleo fundamental, con la estructura de aquello que lo distingue en tanto especie: *su ser lingüístico*, sin necesidad de mediaciones particulares, o sea sin la intromisión de ninguna decodificación particular respecto del sentido del mundo. Los “lugares especiales” habrían sido desacreditados facilitándose una conexión directa con los “comunes”. Como si a un camino se lo hubiera despejado de sus obstáculos. Bajo esta condición, el decir y el pensar se hacen directamente *públicos*, ya que al no existir códigos particulares de comunicación los hombres recurren a los elementos generales para manejarse en las múltiples situaciones que afrontan en la vida. Este argumento habla de una suerte de *transparencia semiótica* que nos habría permitido entrar en contacto directo con aquello que de común tendríamos como especie. Una suerte de acceso a nuestro núcleo fundamental. Pero también puede interpretarse esto de otro modo, y entonces habría sucedido otra cosa. Nosotros creemos que, por determinadas cuestiones, un modo de los “especiales” ha recubierto el lugar de los “comunes”, organizándose como operador de *vacío* en el cual puedan sobrenadar todos los “otros especiales” sin alterar nunca dicho funcionamiento, elevando sus propios elementos como aquellos de un modo de discurrir general y colectivo. Hoy el decir y el pensar se estructuran bajo el dispositivo discursivo televisivo. De modo que ni el político, ni el ciudadano, ni el académico, ni la víctima, ni el periodista, ni el especialista, ni nadie que desfile por la televisión, ni tampoco nadie que consuma productos televisivos, puede desembarazarse de los “lugares comunes” que se estructuran como forma enunciativa del discurso televisivo. Los enunciados televisivos, propios de un modelo comunicativo, se han estructurado como *forma enunciativa*, propia de un discurso hegemónico, que regula, subsume, direcciona y en definitiva absorbe bajo ella todos los enunciados, todos los especiales, que circulan por la *forma*. Si pensamos en un supuesto debate que incumbiera a diversos “especiales”, sus enunciaciones particulares sucumbirían frente a los “lugares comunes” que los *opera como vacío* bajo el dispositivo televisivo, desde el cual todos los “especiales” se organizan desvaneciéndose en su misma enunciación como tales.

Entendemos que habría otro modo de comprender teóricamente este juego entre los *topoi koinoi* y los *topoi idioi*. Es la idea del discurso como aquello que constituye -y se constituye desde- el lazo social. Un discurso genera el lazo pero adquiere su ordenamiento desde el mismo lazo, de modo que aquello que se genera, el lazo, posee de antemano a su generación la estructura de aquello que lo viene a constituir, el discurso. El lenguaje, como relación social que da facticidad al lazo, pero que lo antecede, conforma esa suerte de “lugares comunes” aristotélicos en propiedad de todos, poseyendo la cualidad de ordenar aquellos enunciados “especiales”. Pero nuevamente en debate con Aristóteles, o por lo menos con la interpretación que hace Virno sobre los argumentos de aquel, los “lugares comunes” no son invariantes que están en el alma o mente humanas de modo ahistórico. Son estructuras lingüísticas que adquieren verdadera dimensión significativa en la medida que se ligan a una época, a modos de efectuarse un lazo social, lo que es lo mismo que postular una posición dominante como ordenadora del *corpus* de un discurso. Esto nos pone nuevamente enfrentados al tema de la producción de hegemonía en una sociedad.

Que el discurso televisivo se establezca como “lugares comunes” de todos los enunciados y enunciadore probables, plantea la cuestión de un discurso hegemónico. Su carácter fundante, dónde todo parece surgir del discurso televisivo, o disolvente, ya que cada enunciado particular que circula por la televisión se disuelve en el discurso televisivo, le da un carácter *casi cerrado*, propiedad de un discurso hegemónico. Casi cerrado por dos cuestiones. La primera porque se define como sistema y construye su interioridad y exterioridad, con lo cual el exterior de un discurso hegemónico es definido desde la misma interioridad discursiva. Y la segunda es porque un discurso hegemónico siempre conserva un grado de apertura, aquel que le permite capturar aquello que circula por su exterior real para integrarlo a su propio sistema de representaciones. No solo tiene la capacidad de instituir, sino también de lograr que los decires y pensares de todo enunciadore, se pronuncien desde *su forma enunciativa*, establecida como los nuevos “lugares comunes” de esta contemporaneidad.

El tema es destacar el lugar que ocupan los medios televisivos en el orden de la subjetividad atento a la condición política de la sociedad. Concretamente, ver como se liga el asunto de la hegemonía con los dispositivos televisivos. Resulta interesante

ubicar la cuestión de la hegemonía en su tradición, vinculada a dirección política de una sociedad, que es también dirección cultural que un grupo social ejerce sobre el resto de la sociedad. Mentalidades, valores y patrones de comportamiento instalados como recursos culturales de un pueblo, aceptados y reproducidos de un momento a otro, son efectos de una construcción hegemónica que opera con éxito.

El concepto gramsciano de hegemonía estaba ligado a la relación del grupo hegemónico con el Estado, mediante el cual se intervenía en la sociedad en tanto unidad económico-política en múltiples direcciones, incluida la red de valores, las conductas, disciplinamientos y sentidos que condicionaban también la sexualidad, la familia, la mujer, los niños, además de la división del trabajo, la alienación social y laboral, etc. La hegemonía era concebida como el proyecto sociopolítico del grupo que dirigía los destinos comunes encarnado en el Estado en su forma ampliada.

Ahora bien, la hegemonía que analizó Gramsci operaba dentro de una sociedad disciplinaria en la cual se postulaba una articulación provechosa entre *trabajo, política y pensamiento*, que tejían una suerte de malla “moderna” en la sociedad fordista. La producción constituía un sedimento para la vida y la praxis política, y esta adquiría una dimensión elaborada en el orden del pensamiento. Su “filosofía de la praxis” era la confección misma de la política con estatuto instituyente de la praxis misma. Esa tríada tenía por finalidad el Estado, lugar que materializaba una hegemonía. Pero en el posfordismo se visualiza una ruptura de ese entrelazamiento, y a su vez un cambio en las estructuras que soportan la producción hegemónica. El *trabajo* difícilmente pueda hoy concebirse al estilo fordista, cercano a aquella “acción instrumental” habermasiana, fuera de lo lingüístico, independiente del mundo de las interacciones al que competían las “acciones comunicativas”. En la actualidad las prácticas productivas son fuertemente lingüísticas, y también, las prácticas fuertemente lingüísticas definen producciones de valor en un sentido radicalmente diferente a su concepción fordista. La industria cultural o la del espectáculo, y las “tecnologías blandas” de la “empresa” contemporánea, están allí para demostrarlo. Por ende, el concepto de trabajo ligado a un tipo “acción instrumental” a lo Habermas, carece hoy de sentido. Hoy la producción se sostiene en la medida que la práctica productiva ancla en información, conocimientos, decodificaciones de la maquinaria de base informática, todo un universo que define

sistemas de expresión lingüística, que configuran las tecnologías adecuadas a las sociedades de control, diferentes a las de sociedades disciplinarias.

Hoy, la dirección político cultural de las sociedades de control se ejerce bajo la plataforma televisiva, que se nutre de elementos como el lenguaje y la capacidad de manipulación de símbolos. Que elabora productos culturales, distintos a las mercancías de la industria fordista, que generan ganancia al mismo tiempo que operan dirigiendo la subjetividad. Por eso es un dispositivo central de la producción sobremoderna de hegemonía. Esta se organiza como relatos, valores morales, saberes, prácticas instituidas, todo un entramado que elabora y ancla *sentidos*, que pretenden ser “buenos”, o mejor aún, “deseables”, para la vida en sociedad. El dispositivo televisivo se involucra en dicha *producción de sentidos*, generando *saber* vehiculizador de *verdad*, en el sentido de *pretensión de verdad*. El sentido pretendido se articula como saber, aún cuando aparezca bajo la rotulación de “sentido común”, por la potencia enunciativa de la que goza la televisión. A la pregunta ¿quien lo dijo? -demanda por la autoridad de la fuente- cierra: “lo dijeron en la tele”. El saber emanado de la televisión pretende jugar en la categoría de verdad: “es verdad porque lo vi en televisión”. Los sentidos inducidos constituyen tipos de subjetividades, y ellas hacen posible prácticas que instituyen un sujeto alojado en ellas.

El saber televisivo se construye como *forma enunciativa*, direccionante de sentido, actuante como matriz organizativa de los diferentes enunciados que transitan por el medio. En el discurso global de la televisión no importa tanto aquello que se dice, ni siquiera la coherencia de todo lo que se dice, *importa hacia donde se organiza el sentido final de todo lo enunciado*, y mucho más *desde donde se lo dice*. La televisión pone a circular por la pantalla múltiples enunciados siempre reconducidos por su forma enunciativa que elabora la dirección del sentido. Adquiriendo el estatuto de un medio vehiculizador de prácticas sociales a partir de amalgamarse con ellas, por la presencia que su potencia enunciativa tiene en la vida de los sujetos. Esto es aquello que pretendemos enfatizar cuando decimos que es un dispositivo instituyente de tipos de subjetividad en las cuales los sujetos se alojan para efectuar sus prácticas. Podemos retomar a modo analítico de lo dicho dos frases. “Lo que no está en televisión no existe”; y aquella otra: “es verdad porque salió en la televisión”. Ambos enunciados

apuntan directamente al poder hegemónico del medio y su vinculación con su forma enunciativa. La primera dice: *existe solo aquello que está en la televisión*, y al mismo tiempo, *para que algo exista debe estar en la televisión*; forzando *lo real* a que adquiera dimensión de existencia válida para los sujetos en la medida que se somete a una imagen televisiva. Esto, por supuesto, no significa que no existan otras cosas, aquellas que no se ven en televisión y que suceden realmente. Podríamos decir que existen con una suerte de sentido *devaluado*. La televisión ha generado una suerte de gradación de *valor* del sentido, poniéndole incluso precio, y un suceso adquiere mayor valor de sentido cuando su existencia es sometida a la imagen de la pantalla. Esto introduce una paradoja: *lo real* termina siendo real *dejando de serlo*, porque la pantalla lo ha derivado a *realidad televisiva*. La segunda frase, “es verdad porque salió en la televisión”, apunta directamente a la *potencia performativa* de la televisión, a su capacidad de *producir efectos por el poder que emana del dispositivo*. Que sea verdad porque surge de la pantalla dice que los sujetos otorgan *autoridad* al discurso televisivo. Se trataría de un discurso que produce verdad en su forma enunciativa por la autoridad que posee. Esto da un poder enorme al discurso televisivo a la hora de normar tipos subjetivos.

La televisión como dispositivo total

La televisión se insertó en las nuestras vidas proponiéndose como el lugar en el cual se ve todo, se dice todo, aquel por el cual, todo lo que sucede, pasa, transita, de modo que aquello que no está en televisión es como si no existiera. De modo que el impacto, en el campo de la subjetividad, es sumamente profundo, ya que la televisión se presenta como el lugar del cual emanan tipos subjetivos que nos alcanzan a todos, haciéndolo incluso en el menor tiempo y a cualquier distancia. Se establece como “lugares comunes” sin fronteras y de modo instantáneo, modulando sujetos que pueden bien tener nacionalidades, culturas, identidades, posicionamientos sociales, etc. diferentes.

Esta omnipresencia cotidiana de la televisión, y su infinita cadena de enunciados, hace que resulte casi imposible participar de la vida social sin compartir la actualidad televisiva. Todo se ve en ella, todo se dice en ella, y todos pueden decir en ella todo lo que quieran sobre todas las cuestiones. La opinión se ha transformado en la rúbrica del ciudadano contemporáneo y en un elemento que destituye saber. La volatilidad e innecesaria rigurosidad que precisa la opinión la transforma en el mecanismo televisivo

que anuda la infinita cadena de enunciados (opiniones) bajo su forma enunciativa. Garantizando que el sentido vaya en la dirección de la forma independientemente de los enunciados. El tema está sobre la mesa: la violencia escolar; entonces son convocados pediatra, abogado, psicólogo, sociólogo, periodista, maestro, padre, los encuestados al paso en la calle, niños. Todos están puestos en posición de emisores de opinión bajo el dispositivo televisivo. Lo que digan construye un relato que solo tendrá la función de darle un soporte a la posición sustentada por la forma enunciativa. Independientemente de lo que se diga sobre lo real, el resultado del sentido responderá a la realidad, un producto netamente televisivo.

En definitiva todo, lo a ver o decir, está en el medio televisivo. Y todo lo que hay es aquello que ha sido visto y sobre lo cual se ha dicho en el medio. Y las múltiples voces, opiniones, imágenes, forman y conforman la homogeneidad enunciativa del dispositivo. El sistema funciona como articulador de diferencias interiores a un sistema, que se organizan acordes con las necesidades del sistema.

La niñez como cuestión sobremoderna

La niñez es una institución, en el sentido que lo señala Philippe Ariès, y en el que lo son diversas ideas que se instituyeron dentro de la modernidad. Lo es en el sentido sociológico del concepto: *una construcción social*, algo que existe como un conjunto de prácticas sociales y que entonces poco tiene que ver con cuestiones biológicas o relativas a etapas de “maduración” de la naturaleza humana. La idea de niñez entonces cambia, dentro de un proceso en el cual van interviniendo distintos actores públicos. Esta hipótesis amplia nos permite situarnos, en una primera aproximación, frente a nuestra idea de una *niñez sobremoderna distinta de la moderna*. El segundo paso es el resultado de introducir otros conceptos en nuestra argumentación. Dentro de la idea de institución se puede hablar de proceso instituido, instituyente e incluso destituyente. Nosotros vamos a concebir la incipiente e inacabada idea sobremoderna de niñez, como un proceso en el cual estarían interviniendo, simultáneamente, factores destituyentes sobre la niñez de la modernidad, y factores instituyentes de otra niñez, de la que hoy tan solo podemos decir que es distinta a aquella.

Niños concretos, humanos pequeños, hubo siempre, pero niñez, en el sentido de institución social, no. Fue bajo la modernidad que se ligó un sentido de niñez con los niños concretos que nacían. Bajo la modernidad capitalista, en su arreglo al tipo de sociedades disciplinarias, fue instituida dentro del criterio de etapas vitales ajustado a parámetros biopolíticos (niñez, juventud, adultez, vejez). Esto permitía, al poder, encauzarse bajo políticas ajustadas a poblaciones segmentadas etariamente. Familia y escuela surgieron como las instituciones que instituían niñez y actuaban dentro una etapa vital. Este modelo funcionó eficientemente hasta hace unos cincuenta años, alcanzando su esplendor con la generalización fordista. Ahora bien, cuando ciertos ingredientes de lo que se denomina posfordismo entraron a tallar, se visualizó un agotamiento de las instituciones instituyentes de niñez, y la emergencia de procesos destituyentes. La familia, como grupo, comenzó a expresarse más como un agrupamiento de pares, generando nuevas relaciones interiores de poder (que algunos llaman “familia más democrática”), que como una institución que sostenía una cadena de autoridad, y la escuela comenzó a fallar en su capacidad de disciplinamiento, llegando incluso a desacoplarse de los saberes necesarios para la vida contemporánea, ya que los conocimientos que imparte no descansan en la autoridad que tenía anteriormente. Hoy los niños concretos, y la niñez bajo su idea moderna, están desligados, han dejado de ser lo mismo. Para ser más precisos, dado que las sociedades se constituyen por grupos sociales, y no es homogénea de ningún modo, podríamos decir que existen hoy, niños concretos que continúan ligados a la idea de niñez moderna, y otros que no lo están. Los niños que hoy aparecen, sobre todo en el escenario discursivo de la Provincia de Buenos Aires, como quienes “ni estudian ni trabajan”, están fuera de la escuela, y quienes hemos estado en contacto con sus realidades, por los motivos que fuere, podemos afirmar que no son pocas las veces en las cuales también están fuera de la familia. Ni siquiera el Estado (capítulo que por las limitaciones impuestas a este trabajo no discutiremos) está presente en sus vidas, quedando absolutamente desligados de la idea moderna de niñez. Las instituciones disciplinarias brindan una plataforma de subjetividad que estos niños no transitan, y ellos se alojan en sus prácticas en otras, que los afirma como sujetos de esta sobremodernidad en la cual el sentido moderno de niñez está siendo corroído sistemáticamente.

Los dispositivos de las sociedades disciplinarias están compartiendo su accionar con otros nuevos, de un tipo de sociedad de control, y nuevos modos de poder están operacionalizando el campo de la subjetividad en direcciones diversas. Aquí entra la televisión, dispositivo preponderante de la sociedad de control, cuyo accionar destituye la idea moderna de niñez. Y al mismo tiempo, como discurso provocador de subjetividad, está procurando nuevos modos, posiblemente provisorios, de instituir niñez en esta sobremodernidad. Por ejemplo, instituye niños concretos en nuevos formatos institucionales, muchas veces en condiciones equivalentes a los adultos, como por ejemplo el niño como *consumidor*. Pero llegados a este punto deberemos proceder con cautela y agregar otra condición teórica. ¿Por qué? Para no correr el riesgo de hacer que la televisión *reemplace* un lugar de ligazón que antes lo efectuaban otras instituciones, comportándose entonces como una simple institución más, comodín si se quiere, que vendría a reemplazar las funciones de la familia, o de la escuela, cuando se la demande. El proceso involucra la televisión en una función netamente destituyente de los anclajes subjetivos disciplinarios, por lo cual los niños concretos deambulan por doquier, inundando con sus prácticas toda la escenografía social. Sobre esta irrupción de la multiplicidad de la niñez, actúan estrategias de modulación de ella, agregando y desagregando poblaciones de niños concretos bajo la formación de *públicos*. En este sentido, es posible evitar la tentación de pensar que la televisión hoy *ocupa* el lugar de un centro organizador que ha quedado vacante, un epicentro que aloja prácticas constitutivas de lazo social, y estamos pensando en el desvanecimiento del Estado en su tipo Benefactor. Y pasar a recorrer el camino de pensar que ella, como dispositivo de control, se instala siempre en un espacio *virtual*, al estilo deleuziano, y allí donde ha provocado un *vacío*, destituyendo, *actualiza*, o no, en el mismo estilo deleuziano, un contenido que responde a la estrategia moduladora del poder en la sobremodernidad.

Consumo

El tema del “niño consumidor” es uno en los cuales la televisión muestra como actúa destitutivamente. Recordemos que la sociedad disciplinaria organizaba sus instituciones acorde al criterio de etapas de vida, y que la niñez quedaba allí excluida, entre otras cuestiones, de la fábrica o lugar de trabajo, por ende del mercado en tanto consumidor. Cuando decimos consumidor nos referimos a una práctica cuya subjetividad fue

instaurada en sociedades que desarrollaron “cultura de consumo”. Básicamente, sociedades que se desarrollaron bajo el paradigma de mercado. Esta figura subjetiva contemporánea que constituye el consumidor, fue efecto de la modernidad madura del siglo XX. Comenzó a generarse porque la sociedad fordista permitió aunar dos tendencias del sistema económico como cuestiones masivas. Producción y consumo devinieron en una expresión única de la modernidad madura, generando el esquema de “producción y consumo de masas”. La expansión de la productividad y de las cantidades de producto, precisó un consumo masivo de bienes. Dentro de este modelo, se pasó de organizar el consumo sobre la base de la familia, a hacerlo sobre el soporte del individuo. Y dentro de este último giro, ya decididamente sobremoderno, se pasó del consumo individual al “personalizado”. Dentro del giro del consumo organizado sobre los individuos, y aún más cuando este devino en consumo personalizado, irrumpió el “niño consumidor”, no solo como destinatario de productos, sino como quien impulsa sus demandas al mercado. El “niño consumidor” ya es un indicador de un cambio dentro de la idea moderna de niñez. Pero la construcción indiferenciada de públicos de consumo, que integran en dicha construcción diferentes edades, grupos sociales, sexos, etc., produciendo segmentaciones impensadas, hablan de un proceso destitutivo radical de la idea de niñez acuñada en la modernidad. Uno de los casos más interesantes es cuando los públicos de consumo se organizan sobre una marca, que incluso puede ser un personaje, que por su mediación conecta diferentes productos, que satisfacen distintas necesidades o deseos, que pueden ser una bebida, una gorra, un espectáculo público, un teléfono, etc. Los efectos publicitarios contemporáneos producen esta modulación de los públicos como consumidores, haciendo de los niños un equivalente en condiciones de igualdad con todos los otros individuos que pueblan una sociedad. El niño, entonces ya no es “niño consumidor”, sino *consumidor* a secas, apareciendo en la imagen televisiva en condiciones de igualdad con sus padres y el resto, y disputando esta condición de igual en lo real. Así queda resuelta la niñez en la publicidad televisiva actual, mostrando un niño que no deja que nadie resuelva sus cosas. Este proceso destituye el ideal del niño moderno, haciendo al niño de hoy depositario de un saber de consumidor, algo que no poseía ni el niño del siglo XIX ni el de la primera mitad del XX. Se anulan las diferencias que instituían niñez en el sentido de edad separada de la adultez. E irrumpen el niño sobremoderno, modulado bajo *públicos* organizados sobre la multiplicidad.

Otro de los aspectos destituyentes de niñez es el que puede observarse en los formatos de la publicidad que promocionan productos específicamente “infantiles”, si es que hoy puede hablarse estrictamente de este modo. Los objetos para niños no están necesariamente acompañados por imágenes en las cuales estos interactúan con aquellos, por ejemplo en situación de juego. Hoy los objetos mostrados publicitariamente pueden estar sustraídos a imágenes de niños, mostrarlos en su independencia, apuntando al producto directamente, sin relación a consumidor alguno, mostrando que han sido integrados al “reino de las mercancías” de consumo y que por ende se ubican en la probabilidad de elección de un público en general, igual que el resto.

La publicidad motoriza la participación de los niños en las decisiones del gasto de su familia. Los estimula en ese rol, *instituyéndolos* como *consumidores* de modo igualitario que a sus padres, *destituyéndolos* de ese lugar de niñez moderno. Las tecnologías televisivas del control se adaptan flexiblemente a los *públicos* y estos a la integración de multiplicidades diferenciadas carentes de la rigidez que imponía la modernidad precedente. La niñez puede entonces ser organizada como “público infantil” o parte de un “público consumidor” de tal o cual producto. En los mismos productos televisivos, la niñez puede ser construida para consumo del público adulto como una cosa y su opuesta. El niño, desprotegido y frágil, es reemplazado por el delincuente precoz. Y en los productos dirigidos a los niños, se les propone el consumo de temáticas que hace algunos años poco tenían que ver con ellos.

Conclusión

Deberíamos todavía proponer otra hipótesis para sostener en nuestra argumentación. Estaría, nuevamente, detrás del razonamiento sobre el mundo disciplinario. Allí se construía niñez como efecto de una construcción netamente biopolítica, procedimientos que organizaban una edad, una etapa de la vida en la cual se quedaba excluido de cuestiones, incluso derechos, que sobrevendrían después. Esa escalerita por la cual se iba creciendo desapareció, y la niñez ya no es una etapa de la vida. Los anclajes de subjetividad que la construían, se desmoronan, pierden su exclusividad. Hay niños instituidos bajo familia y escuela, otros que se instituyen viviendo en la calle, otros

Y la secuencia se multiplica, igual que los públicos, y los niños reales no se enlazan con aquella idea de niñez moderna. La niñez ya no tiene tanto que ver con una edad temprana, es más bien una articulación transitoria de condiciones subjetivas, efecto de modulaciones sobre una multiplicidad impensada de antemano. Que un niño se aloje en una subjetividad que lo liga a la niñez, es tan probable como que no lo haga. Que un adulto se aloje en una subjetividad que lo liga a la niñez, también es tan probable como que no lo haga. Las edades ya no tienen nada que ver con la niñez.

Para citar este artículo:

Bonanotte, César (12-10-2009). LA TELEVISIÓN EN LA SOBREMERNIDAD Y SUS EFECTOS SOBRE LA “NIÑEZ”.

HOLOGRAMÁTICA - Facultad de Ciencias Sociales UNLZ, Número 11, V2, pp.3-25

ISSN 1668-5024

URL del Documento : <http://www.cienciarred.com.ar/ra/doc.php?n=1167>

URL de la Revista : <http://www.cienciarred.com.ar/ra/revista.php?wid=3>